

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Primera Palabra: “PADRE, PERDÓNALES PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN” (Lc 23,34)

Jesús pone en práctica lo que tantas veces había repetido: “Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen” (Mt 5,44), “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian” (Lc 6,27-35). Ciertamente está pensando en sus verdugos, en el traidor Judas, en las autoridades religiosas, Anás y Caifás, y civiles, Pilatos y Herodes. Pero, en el fondo, pide perdón por el mundo entero, incluidos todos nosotros. Por eso Jesús no concreta: porque quiere hacer extensivo el perdón a la humanidad entera. Y basa el perdón no en la bondad de Dios o en su propio sacrificio, sino en nuestra ignorancia, en nuestra debilidad. Así lo constató el evangelista Juan: “Dios no envió a su Hijo al mundo para que lo juzgara, sino para que lo salvara” (Jn 3,17).

Segunda Palabra : “TE LO ASEGURO, HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO” (Lc 23,43)

En el Calvario las tres cruces parecían idénticas, para los que lo observaron de lejos los tres crucificados morían igual. Pero los que lo miramos de cerca nos percatamos de que uno de ellos, Jesús, da la salvación; el crucificado a la derecha la recibe; el tercero, crucificado a la izquierda, la rechaza. La pena fue la misma para

los tres, pero todos murieron por diversa causa. Tiene gran mérito el criminal arrepentido, a quien piadosamente hemos venido a llamar “buen ladrón”, quien en medio de tanto suplicio y de tanta sangre, es capaz de reconocer en aquel crucificado aparentemente fracasado a un Rey victorioso. Por eso sus palabras “Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino” son en realidad una profesión de fe. Merecerán la promesa de la vida eterna.

Tercera Palabra: “MADRE, HE AHÍ A TU HIJO, HIJO, HE AHÍ A TU MADRE” (Jn 19,26-27)

A los familiares se les permitía estar cerca de los crucificados. Jesús, después de ocuparse de los verdugos y de los criminales ajusticiados con él, se deja en su madre y en el discípulo más amado. Si a lo largo de su vida pública se diría que Jesús se había alejado de su madre, si en las bodas de Caná le había dicho “¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora” (Jn 2,3), ahora la trae a primer plano. Es evidente que ahora hace mucho más que preocuparse por el futuro material de su madre, dejando en manos de Juan su cuidado. Desde antiguo, los cristianos han visto en Juan a toda la humanidad representada y, más en concreto, a la Iglesia naciente. Es a esta Iglesia y a esta humanidad a quienes se les da una madre espiritual. María recibe como una segunda

anunciación: se le confían como hijos a quienes son los asesinos de su primogénito.

Cuarta Palabra: “DIOS MÍO, DIOS MÍO. ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO? (Mc 15,34)

Jesús fue crucificado hacia el mediodía. A pesar de eso, “se produjeron tinieblas sobre toda la tierra” (Lc 23,44). Así había de ser: se iba la luz, cuando agonizaba aquel que era la luz del mundo. Al aproximarse la muerte, grita estas palabras en hebreo, que el evangelista traduce a continuación. Expresa con un texto del salmo 21 su profunda soledad. Grito que tiene más de oración que de desesperación. Su mención del nombre de Dios “Elohí”, es para sus verdugos motivo de mofa, pues creen que invoca al profeta Elías (Mt 27,47). Y la cosa les resultó muy divertida; lo cual demuestra que no entendían nada.

Quinta Palabra: “TENGO SED” (Jn 19,28)

Esta quinta palabra debió de pronunciarse casi inmediatamente tras la cuarta y en medio de las bromas de los soldados. Jesús seguía plenamente lúcido y, quizá, prosiguiendo la recitación del salmo 21 llegó al versículo 16 que dice: “Seca está como una teja mi garganta y mi lengua está pegada al paladar”. ¡Motivos tenía para expresar su sed física! Se trata de la prueba definitiva de que está muriendo de una muerte verdadera, de que en la cruz hay un hombre, no un fantasma. Los soldados

siguen mofándose, y quizás llevado uno de la compasión le ofrece agua y vinagre. Así se cumple otro pasaje de los salmos: “En mi sed me dieron a beber vinagre” (Sal 68,22).

Sexta Palabra: “TODO ESTÁ CUMPLIDO” (Jn 19,30)

Jesús se ha dirigido a los de su entorno con tres frases y se ha referido a sí mismo con dos más. Ahora, las dos últimas van dirigidas a su Padre del cielo. Él había dicho: “Yo he bajado del cielo para hacer, no mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado” (Jn 6,38). Así reconoce que a pesar de haber vivido sólo 33 años, su vida ya está llena; no precisaba de un día más. Todo estaba consumado; todo estaba cumplido.

Séptima Palabra: “PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU” (Lc 23,46)

Finalmente Jesús se abandona en las manos de su Padre. Ya todo cumplido, sólo quedaba morir. Y esto lo acepta con agrado y libremente. Si una de las insistencias de su mensaje fue la de llamar a Dios “Abba” (Padre) y una de las características fue la de confiar plenamente en Él, sus palabras finales consisten en ponerse en sus manos. Porque se sabe acogido en ellas. Las manos de Dios son salvación. No están hechas para condenar, sino para salvar. Las manos de Dios son resurrección. Él no es Dios de muertos, sino de vivos. Él no sabe dar muerte, sino vida. Como Cristo.